

CAPITULO VI.

ASALTO GENERAL DE LA CIUDAD.—DERROTA DE LOS ESPAÑOLES.—SU ANGUSTIADA SITUACION.—SACRIFICIOS DE LOS PRISIONEROS.—DEFECCION DE LOS ALIADOS.—CONSTANCIA DE LAS TROPAS.

Poco á poco iba la hambre abriéndose paso hasta el centro de la ciudad sitiada: parece cierto que con tan rigoroso sitio, la hacinada poblacion necesariamente seria impelida á capitular al fin, aun cuando ningun ejército la asediara. Mas esto exigia tiempo; y los españoles, si bien constantes y sufridos por naturaleza, comenzaban á impacientarse á causa de las penalidades que experimentaban y que casi no eran menores que las de los sitiados. Aun era peor bajo ciertos respectos su posicion: espuestos como se hallaban al frio, empapados con las lluvias que caian con cortos intervalos, su situacion se hacia estremadamente triste é infausta.

En tales circunstancias no faltaban algunos que de buena gana quisieran, para poner término á sus sufrimientos, arriesgar el lance de apoderarse de la plaza por un golpe de mano. Otros pensaban que seria muy bueno posesionarse del gran mercado de Tlaltelolco, que por estar situado al norueste de la ciudad, pudiera producir los medios de abrir la comunicacion con los campamentos, así de Alvarado como de Sandoval. Esta plaza rodeada de espaciosos pórticos, proporcionaba alojamiento para una numerosa hueste, y una vez establecidos en la capital los españoles, se hallarian en posicion de dar un golpe con mayor probabilidad, que desde la distancia que guardaban.

Con estas razones urgian varios oficiales, entre ellos el tesorero real Alderete; que era muy considerado, no solamente por su rango, sino tambien por el talento y el celo que habia mostrado en el servicio. Desfiriendo Cortés á sus deseos, reunió un consejo de guerra, ante el cual espuso el asunto. Los proyectos del tesorero fueron acogidos por el mayor número de los caballeros mas esforzados y valientes que con ansia anhelaban un cambio en la enojosa y desesperada vida que llevaban; y Cortés pensando quizá que aconsejaba la prudencia adherirse mas bien á este partido, aunque creyéndolo menos espeditivo, que exigir para su propia opinion una obediencia fria y forzada, se dejó arrastrar hácia él (1).

(1) Tal es la relacion explícita que hace Cortés al emperador (Relac. terc. apud. Lorenzana pag 264). Bernal Diaz al contrario habla del asalto, como de pensamiento

Se fijó dia para el asalto, que deberia emprenderse simultáneamente por las dos divisiones, al mando de Alvarado y del general en jefe. Se dieron instrucciones á Sandoval, para que de sus fuerzas que ocupaban la calzada al N., sacase la mayor parte y fuera á unirse con Alvarado, debiendo destacarse setenta soldados escogidos en apoyo de Cortés.

El dia señalado despues de la acostumbrada celebracion de la misa (2), las dos divisiones avanzaron por sus respectivas calzadas contra la ciudad. Venian sostenidas, á mas de los bergantines, por una numerosa flota de canoas de indios destinadas á forzar el paso de las acequias, y por una innumerable multitud de aliados, cuyo excesivo número sirvió al fin para embarrasar sus operaciones. Pasados los suburbios, se presentaban tres avenidas que todas iban á parar á la plaza de Tlaltelolco. La principal mas ancha que las otras dos, y que merecia mas bien el nombre de calzada que el de calle, estaba entonces defendida por sus costados por una profunda acequia que tenia á cada lado. Cortés dividió sus tropas en tres cuerpos: uno de ellos á las órdenes de Alderete, debia ocupar la calle principal. Encargó el mando del segundo á Andrés de Tapia, caballero de valor y discrecion, y á Jorge de Alvarado hermano de D. Pedro, jóven animado de la intrepidez, propia de esta noble familia. Este trozo debia penetrar por una de las calles paralelas, mientras el general mismo á la cabeza de la tercera seccion ocupase la otra. Un pequeño cuerpo de caballería con dos ó tres piezas de campaña, se situó de reserva frente de la gran calle de Tacuba, que se designó como punto de reunion para todas las divisiones (3).

Cortés dió las instrucciones mas positivas á sus capitanes de no avanzar un paso sin tener medios seguros para la retirada, y de nivelar cuidadosamente los fozos y las cortaduras de la calzada. Por haber descuidado esta precaucion Alvarado en un asalto que pocos dias antes dió á la ciudad, so-

que ocurrió primero al mismo general. (Hist. de la Conquista cap. 151). Pero Diaz no tenia los mejores medios de saberlo, y Cortés no se habria atrevido á dirigir á la corte una palpable falsedad, que fácilmente pudiera haberse aclarado.

(2) Esta puntual observancia de oír misa el ejército en medio de la lluvia, al calor del sol, de dia y de noche, entre amigos y enemigos, arranca un ardiente elogio al Ilmo. editor de Cortés. "En el campo, en una calzada, entre enemigos, trabajando dia y noche, nunca se omitia la misa, para que toda la obra se atribuyese á Dios, y mas en unos meses en que incomodan las aguas del cielo; y encima del agua las habitaciones ó malas tiendas."—Lorenzana pag. 266, nota.

(3) En la division del tesorero segun la carta del general, habia 70 infantes españoles, 7 ú 8 caballos, y 15.000 ó 20.000 indios. En la de Tapia 80 infantes y 10.000 aliados; y en la suya 8 caballos, 100 infantes, y un número infinito de aliados. (Ibid ubi supra). Esta manera de espresarse, sin cuidarse de la exactitud, muestra que no parecia cosa de mucha importancia, tratándose de las fuerzas de los indios, unos cuantos miles mas ó menos.

brevinieron tan serias consecuencias para su ejército, que Cortés determinó ir en persona á los cuarteles de sus oficiales con intencion de reprenderles públicamente por esta desobediencia á sus órdenes; bien que la merecida reprehension se convirtió en indulgente advertencia, cuando al llegar al campo, Cortés halló que su capitán delincuente se había portado en el lance con estremada bizarría (4).

Completados los preparativos, las tres divisiones se pusieron en marcha á un tiempo por sus respectivas calles. Cortés pié á tierra á la cabeza de su infantería, se colocó á la vanguardia de su cuerpo de ejército. Conforme avanzaba, los mexicanos retrocedían, oponiendo menos resistencia que de ordinario. Los españoles les embestían, arrancándoles una tras otra sus trincheras, cuyas brechas llenaban cuidadosamente con escombros para asegurarse á sí mismos el paso. Las canoas apoyaban el ataque por un movimiento á lo largo de las acequias, donde abordaban á las del enemigo, mientras una porcion de ágiles tlascaltecas pasaban de una casa á la otra, escalando las azoteas, donde se juntaban y arrojaban de ellas á los defensores, hechándolos abajo hasta la calle. El enemigo cogido en apariencia por sorpresa, parecia incapaz de hacer frente ni por un momento á la furia del asalto, y los cristianos victoriosos estimulados por las aclamaciones de triunfo en que prorrumpían sus compañeros, desde las calles vecinas, se apresuraban queriendo ser cada uno el primero en llegar al término de su destino.

Esta misma facilidad con que salía bien su empresa, indujo al general á sospechar que acaso se había adelantado demasiado, pudiendo ser aquel fácil éxito una estratagema del enemigo para atraerle hasta el centro de la ciudad y rodearle luego, ó atacarle por su retaguardia. Recelaba además que sus oficiales, dejándose llevar de un ardor excesivo en el calor del ataque, hubieran descuidado, no obstante sus órdenes, la necesaria precaucion de nivelar las brechas. En consecuencia, mandó hacer alte á su division, preparándose para desbaratar cualquier movimiento insidioso de su adversario. Entre tanto recibió varios partes de Alderete, por los que le informaba de que casi tenia ganada la plaza del mercado. Esto solo bastó á aumentar las sospechas del general, de que en su rápida carga no habria cuidado de asegurar el terreno, y determinado á verificarlas por sus propios ojos, tomó una escolta y marchó á reconocer á la vez el camino que habia seguido el tesorero.

Y no bien habia entrado en la gran calle ó calzada, cuando se halló detenido por una cortadura de diez ó doce pasos de ancho, llena de agua, y de dos brazas lo menos de profundidad, por medio de la cual se habia dañado co-

(4) "Otro dia de mañana, acordé de ir á su real para le reprender lo pasado.
"Y visto, no les imputé tanta culpa, como antes parecia tener; y platicado cerca de lo
que habia de hacer, yo me volví á nuestro Real aquel dia." Ibid pág. 263 y 264.

municacion á las acequias que estaban á los dos lados del camino. Un débil esfuerzo se habia hecho para cubrirla con los escombros de la calzada; pero con tan estremada incuria, que este trabajo casi de nada podia servir, y se conocia por algunas piedras y troncos de madera que se veian esparcidos, que apenas empezaban la obra, cuando la abandonaron (5). Para mayor afliccion, el general observó que cerca de allí á los lados de la calzada se habian hecho asimismo cortaduras, que se conocia estaban frescas. Todo esto manifestaba el artificio del enemigo astuto, y poca duda podia ya quedarle de que su oficial inconsiderado, se habia precipitado en el lazo que á propósito se le habia tendido. Profundamente alarmado, no pensó mas que en reparar el daño cuanto posible fuera, y ordenó á su gente llenar la abierta hendidura.

No bien comenzaron á trabajar en ello, cuando al sordo rumor de un distante conflicto, sucedió el espantoso clamor de aullidos y gritos de guerra que parecian llegar hasta los cielos, seguido de un sorprendente estruendo como de amontonadas turbas atropelladamente pisoteadas, señal de que como impelida por un reflujo la corriente de la batalla, volvía sobre su primitivo cauce, revolviendo sobre el sitio donde Cortés y su pequeña escolta habian hecho alto.

Esta sospecha resultó demasiado cierta. Alderete habia perseguido la retirada de los aztecas con una celeridad, que crecia mas y mas á cada paso que avanzaba. Habia tomado los parapetos que defendian las cortaduras, sin gran dificultad; y como pasó tan violentamente, dió orden de que estas se tapasen. Pero la sangre de los elevados caballeros hervia en sus venas con el calor de la carga, y ninguno quiso detenerse para emprender la innoble ocupacion de llenar los fosos, mientras tan fácilmente podian recoger en la lid tantos laureles; y todos se estimulaban exhortándose mutuamente, queriendo tener cada uno el arrojo de ser el primero que penetrara en la plaza de Tlaltelolco. Fijo su pensamiento en esta idea, se dejaron atraer hácia el centro de la Ciudad, cuando repentinamente la trompa de Guatemotzin, símbolo sagrado que solo se oia en caso de extraordinario peligro, resonó con prolongado y penetrante acento desde la cima de un vecino *Teocalli*. En el instante los fugitivos Aztecas, como si se hubieran enfurecido por la influencia de un astro maligno, rodeando á sus perseguidores, volvieron sobre ellos. Al mismo tiempo incontables enjambres de guerreros fluían de las calles y callejuelas inmediatas, sobre los flancos de los que ha-

(5) Y hallé, que habian pasado una quebrada de la calle que era de diez ó doce pasos de ancho; y el agua que por ella pasaba, era de hondura de mas de dos estados, y al tiempo que la pasaron habian hechado en ella madera y cañas de carriso, y como pasaban pocos á pocos y con tiento, no se habian hundido la madera y cañas. Ibid pag. 268. Vease tambien Oviedo Hist. de las Ind. M. S. lib. 33, cap. 48.

bían asaltado, llenando el aire con los fieros y sobre-humanos gritos que llegaron á oídos de Cortéz, y que sofocaron por un momento el salvaje desconcierto que reinaba en los demas cuarteles de la Capital (6).

Sorprendido el ejército y fatigado de la furia con que ejecutó el asalto, era violentamente rechazado en el mayor desorden. Amigos y enemigos, blancos é indios, entremezclados, formaban una masa promiscua, blandiendo en los aires, lanzas, espadas y mazas, dándose golpes sin concierto. Con la precipitación para huir, se empujaban unos á otros; y ciegos con la lluvia de proyectiles que arrojaban sobre ellos de las azoteas, buscaban vacilantes una salida sin direccion fija, ó caían derribados por una mano que no acertaban á ver. Veíase venir sobre ellos como un torrente impetuoso, que precipitado de una elevada cima destruye cuanto encuentra en la pendiente que atraviesa, cuyo confuso reflujo corría hácia atrás para venir á sumergirse en los fosos abiertos, á cuyo opuesto lado se hallaban Cortés y sus compañeros horrorizados al ver su cercana perdición. Las primeras filas en breve fueron sumergidas en la agua, pisoteándose unos á otros allá debajo. Se esforzaban envano algunos á nadar; otros con mejor éxito trepaban por sobre los montones de sus camaradas ahogados. Algunos al escalar la orilla opuesta del resbaladizo borde, caían á la agua ó eran precipitados á ella por los guerreros de las canoas, que añadían á los horrores de la derrota, un nuevo diluvio de flechas y jabalinas que arrojaban sobre los fugitivos.

Entre tanto Cortés con los valientes de su séquito se mantenía sereno al otro lado del foso. "Vale mas perecer, dijo, que abandonar en tal conflicto á mis pobres compañeros" (7). Con los brazos estendidos se empeñaba en rescatar cuantos podía de lo profundo de la agua y del muy mas terrible evento de caer prisioneros. Mas en vano ensayó restaurar un tanto la presencia de ánimo y la disciplina entre los perturbados fugitivos. Su persona era demasiado conocida de los aztecas y la posiccion que guardaba era tal, que servia de blanco á sus tiros. Una espesa granizada de dardos, de piedras y de flechas cayó á su derredor; pero sin causarle daño rebotaban en el acerado yelmo y en la bien templada armadura. Al fin el grito de "Malinche,"

(6) Gomara, crónica, cap. 138.—Ixtlilxochitl, Venida de los españoles pag. 37.—Oviedo, Hist. de las Indias MS. lib. 33, cap. 26.—La trompa de Guatemotzin resonaba en los oídos de Bernal Diaz mucho tiempo despues de la batalla. "Guatemuz, y manda tocar su corneta que era una señal que cuando aquella se tocase, era que habian de pelear sus capitanes de manera que hiciesen presa ó morir sobre ello; y retumbaba el sonido que se metía en los oídos, y de que lo oyeron aquellos sus escuadrones, y capitanes; saber yo aquí, decir ahora con que rabia, y esfuerzo se metían entre nosotros á nós hechar mano, es cosa de espanto."—Hist. de la Conq. cap. 152.

(7) "E como el negocio fué tan de supito y ví que mataban la gente, determiné de me quedar allí, y morir peleando." Rel. Tere. apud, Lorenzana pag. 268.

"Malinche," se alzó entre el enemigo, y seis fuertes y atléticos guerreros de sus filas, cayendo á un tiempo sobre él, hicieron un violento esfuerzo para arrastrarle á bordo de su canoa. En esta lucha recibió una herida grave en la pierna que lo inutilizó por algun tiempo. Parecia no quedarle ya esperanza, cuando uno de los leales que le seguían, llamado Cristobal de Olea, á vista del extremo peligro de su general, se precipitó sobre los aztecas y de un golpe le hechó abajo el brazo á un salvaje y luego pasó á otro con su espada, viniendo con presteza á sostenerle un camarada suyo llamado Lerma y un gefe tlascalteca, quienes combatiendo sobre el postrado cuerpo de Cortés, quitaron la vida á otros tres de los que le asaltaron. Mas el heroico Olea pagó cara su lealtad, pues cayó mortalmente herido al lado de su general (8).

Pronto se difundió entre los soldados la noticia de que el comandante habia sido hecho prisionero; y Quiñones, capitán de su guardia, con otros va-

[8] Ixtlilxochitl, que de buena gana quisiera que su real pariente fuera heredero universal de cuantos actos de heroísmo carcean de dueño conocido, ó se duda quien sea éste, reclama fuertemente para él en la presente ocasion, y dice que una inscripcion que existia en una puerta del convento de Tlalotelco, recuerda largamente el hecho de haber sido aquel, el gefe Tescucano que salvó la vida á Cortés, (Venida de los españoles pag. 38). Pero Camargo atribuye toda la gloria á Olea bajo la fé de un famoso guerrero Tlascalteca que se halló presente y se lo refirió. [Hist. de Tlaxcala MS.]. Lo mismo sostiene resueltamente Bernal Diaz, quien pagó á la memoria de su paisano Olea un cordial tributo, llamándole un exelente hombre y el soldado mas valiente del ejército. [Hist. de la Conq. cap. 152—204]. Saavedra el poeta cronista, mas cronista que poeta á veces, que visitó el Teatro de la guerra cuando se hallaban aun allí todos los conquistadores, dá tambien á Olea el lauro de esta accion, recordando el hecho en unos versos que tienen á lo menos el mérito de la veracidad histórica.

"Túvole con las manos abrazado,
Y Francisco de Olea el valeroso,
Un valiente español, y su creado
Le tiró un tajo bravo y riguroso:
Las dos manos á cárceen le ha cortado,
Y él le libró del trance trabajoso,
Hubo muy gran rumor porque decían
Que ya en prision amarga le tenían."
"Llegaron otros indios arriscados,
Y á Olea mataron en un punto,
Cercaron á Cortés por todos lados,
Y al miserable cuerpo ya difunto:
Y viendo sus sentidos recobrados,
Puso mano á la espada y daga junto,
Antonio de Quiñones llegó luego
Capitan de la guardia ardiendo en fuego.

El peregrino indiano. Canto 20.

rios acometieron violentamente para libertarle, lo que lograron desasiendo á Cortés de las garras de sus enemigos, que luchaban con él en la agua, y levantándole en sus brazos le colocaron de nuevo en la calzada. Entre tanto, uno de sus pages habia logrado penetrar un poco en el gentío, trayendo un caballo para que montase su amo; mas el jóven fué herido de una jabalina en la garganta, lo que le impidió efectuar su intento. Otro de los de su séquito, su camarista Guzman, fué mas afortunado; pero mientras acomodaban en la silla á Cortés, y él tenia las riendas, fué arrebatado por los aztecas y con la celeridad del pensamiento se vió arrastrado á gran distancia por sus canoas. El general si bien adolorido, permanecia silencioso é inmóvil, no queriendo abandonar aquel sitio, mientras su presencia pudiera ser allí de alguna utilidad. Mas el fiel Quiñones, tomando por la brida el caballo le hizo volver grupa, esclamando al mismo tiempo, "que la vida de su amo era demasiado importante al ejército, para esponerla aquí" (9).

Mas no era fácil abrirse paso al través de la muchedumbre. La superficie de la calzada estaba enteramente destruida por los piés de hombres y caballos atascados en el lodo, y en algunas partes tan hendida, que se inundaba con la agua de las acequias. La multitud apiñada en los esfuerzos que cada uno hacia para desenredarse de su peligrosa posicion, se agitaba moviéndose á todos lados á semejanza de un ebrio. Los que se hallaban en las orillas, forzados por la presion lateral de los demas, caian resbalando por los bordes á la agua, donde eran recogidos por las canoas del enemigo, cuya algazara manifestaba la alegría bárbara con que amontonaban nuevas víctimas para el sacrificio. Dos caballeros que cabalgaban al lado del general, resbalaron por la pendiente y cayeron al agua. Uno fué cogido y su caballo fué muerto. El otro tuvo la dicha de escapar. El valiente abanderado Corral, tuvo igual fortuna, pues habiendo resbalado á la acequia cuando el enemigo ya tocaba su presa, logró de nuevo recobrar la calzada con la bandera de Castilla hecha tiras, pero ondeando sobre su cabeza. Los indios exhalaban un grito de rabia, mirando burlada su esperanza de apoderarse de un trofeo, al que como hemos visto, el pueblo de Anáhuac daba la mayor importancia: y tanto, que apenas la tendria mayor á sus ojos, la prision del mismo general en gefe (10).

[9] „E aquel capitan que estaba con el general que se decia Antonio Quiñones, díjole vamos, señor, de aquí, y salvemos vuestra persona, pues ya esto está de manera, que es morir desesperado atender, é sin vos, ninguno de nosotros puede escapar, que no es esfuerzo, sino poquedad, porfiar aquí otra cosa"—Oviedo. Hist. de las Ind. MS. lib. 33, cap. 26.

[10] Acaso será esta misma la Bandera de que dá noticia Mr. Bullok estar guardada en el Hospital de Jesus, "donde, dice, nosotros vimos el mismo estandarte bordado, bajo el cual, el gran capitan arrancó este inmenso imperio al desgraciado Moctezuma"

Seis meses en Méjico Vol I. cap. 10.

Al fin logró Cortés ganar la tierra firme, y alcanzar la plaza abierta delante de la gran calle de Tacuba. Allí, bajo un vivo fuego de artillería, reunió sus dispersas tropas, y cargando á la cabeza de el pequeño cuerpo de caballería, que por no haber entrado en accion, estaba de refresco, obligó á retirarse completamente al enemigo. Entonces mandó la retirada de las otras dos divisiones. Se unieron, pues, de nuevo las fuerzas esparcidas; y el general, enviando á la vanguardia á los indios sus aliados, tomó la retaguardia con un escogido cuerpo de caballería para cubrir la retirada del ejército, que no sin nueva, aunque pequeña pérdida, vino á efectuarse (11).

Andrés de Tapia fué enviado á la calzada del Oeste para informar del mal logro de la empresa á Alvarado y á Sandoval, que se habian internado bien adentro de la ciudad, y estimulados por las aclamaciones de triunfo de sus paisanos, que se oian en las calles inmediatas, hicieron un empuje extraordinariamente vigoroso para que no les fuera por ellos arrebatada su parte en la gloria de aquella lucha. Estaban ya casi en la plaza del mercado, mas cercana á su campo que al del general, cuando percibieron el pavoroso toque de la trompeta de Guatemotzin (12), seguido de los sobrehumanos gritos de los bárbaros que tanto sobrecogieron lo oidos de Cortés, y oyeron como iba apartándose el ruido del combate, hasta que por fin se perdió á lo lejos. Entonces conocieron los dos capitanes que era llegado el dia infausto para sus compatriotas. Presto tuvieron mayores pruebas de ello, cuando los aztecas vencedores, al volver del alcance dado á Cortés, juntaron sus fuerzas á las que luchaban contra Sandoval y Alvarado, y cayeron sobre ellos con redoblada furia. Al mismo tiempo hicieron rodar al suelo dos ó tres cabezas ensangrentadas de españoles, prorrumpiendo en el grito de "Malinche." Los capitanes horrorizados á su vista, aunque daban poca fé á las señales del enemigo, dieron al instante orden de retirada. No estaba á la verdad en su poder conservar la posicion contra los furiosos asaltos de los sitiados, que arremetian con ellos un peloton tras otro con desesperacion tal, que "aunque

(11) Para esta desastrosa funcion de armas ademas de la carta de Cortés y la crónica de Diaz tantas veces citadas, vease Sahagun Hist. de N. España. M. S. lib. 12, cap. 33.—Camargo, Hist. de Tlascalá, MS.—Gomara, crónica cap. 138.—Torquemada, Monarchia-Indiana, lib. 4, cap. 94.—Oviedo Hist. de las Ind. M. S. lib. 33, cap. 26.—48

(12) "El resonido de la corneta de Guatemaz." La trompeta mágica de Astolfo no era mas terrible.

"Dico che'l corno é di sí orribil suono,
Ch'ovunque s'oda, fa fuggir la gente.
Non puó trovarsi al mondo un cor si buono,
Che possa non fuggir come lo sente.
Rumor di vento e di tremuoto, e'l tuono,
A par del suon di questo, era niente."

Orlan lo furioso, Cant. 15, est. 15.